

guir ver nada; acabó por mirar en el interior, y encontró el vagón vacío. Hela aquí, fría hasta los huesos, con los piés tan mojados que le hacían chis chas en los zapatos, el sombrero arrugado como una breva, y con toda la ropa estropeada; y en premio de todo cuanto había sufrido, no tuvo otro recurso que verter un torrente de amargas lágrimas, gritando:

—¡La he perdido!

CAPÍTULO IX.

La caída.

Los trabajadores del taller nacional, después de haberse divertido los unos con los otros en mil pequeños combates muy encarnizados, se habían dispersado momentáneamente, y Mr. Gradgrind fué á pasar á su casa las vacaciones.

Estaba escribiendo en la estancia, adornada con el reloj lúgubrementemente estadístico, sin duda para probar alguna cosa. Quizás, en suma, procuraba demostrar que el buen Samaritano era un mal economista.

El ruido de la lluvia no le distraía mucho; pero llamaba lo bastante su atención para hacerle levantar la cabeza de vez en cuando, como para reñir á los elementos. Cuando la tormenta sonaba con fuerza, miraba hacia Cokeville, persuadido de que el flúido eléctrico podría derribar alguna de las corpulentas chimeneas.

La tempestad rodaba á lo lejos, y la lluvia caía como un diluvio, cuando la puerta de la estancia se abrió. Miró por debajo del quinqué que

estaba sobre la mesa, y con el asombro que es de suponer, vió á su hija mayor.

—¡Luísa!

—Papá: tengo que hablar con V.

—¿Qué sucede? ¿Qué me revela la agitación de ese semblante? ¡Bondad del cielo! (dijo mister Gradgrind, admirándose más y más.) ¿Cómo has podido venir á casa con esta tormenta?

Luísa llevó las manos á sus vestidos, como si no supiera que estaban mojados. Después se descubrió la cabeza, y dejando caer al suelo el mantón, permaneció con los ojos fijos en su padre; estaba tan pálida, tan despeinada, tan amenazadora y tan desesperada á la vez, que Gradgrind tuvo miedo.

—¿Qué sucede? Por Dios, dímelo, Luísa.

Luísa se dejó caer en una silla, y puso su helada mano sobre el brazo de su padre.

—Padre: V. es quien me ha educado desde la cuna.

—Sí, Luísa.

—¡Maldita sea la hora en que nací, para verme tan desgraciada!

Gradgrind la miró con aire de desdén y de espanto, repitiendo con el acento del hombre que no comprende una palabra:

—¡Que eres desgraciada!.... ¡Que sea maldita la hora en que nacistes!....

—¿Cómo ha podido V. darme la vida, y ro-

barme todas esas cosas inapreciables, que hacen que el vivo valga más que un muerto que tuviese la conciencia de su estado? ¿En dónde están las gracias de mi alma? ¿En dónde los sentimientos de mi corazón? ¿Qué ha hecho V., padre mío, de este jardín que hubiera debido florecer en otro tiempo en el vasto desierto que llevo conmigo?

Luísa se golpeó el pecho con ambas manos.

—Si alguna vez hubiera florecido en mí, sus solas cenizas hubieran bastado para salvarme del vacío en que mi vida entera se pierde. Yo no quisiera decir á V. esto; pero, padre, ¿se acuerda V. de nuestra última conversación en esta estancia?

Gradgrind estaba tan lejos de esperar lo que estaba oyendo, que contestó con cierta dificultad:

—Sí.

—Lo que ahora sale de mis labios, lo hubiera dicho á V. entonces si hubiera V. venido en mi ayuda un solo instante. No le reconvegno, padre mío. Lo que V. nunca ha procurado desarrollar en mi corazón, tampoco ha procurado nunca desarrollarlo en el suyo; pero, ¡Dios mío!, si V. lo hubiera hecho tiempo ha, ó si al menos me hubiese abandonado á mí misma, ¡cuánto mejor y más feliz me podría ahora considerar!

Al oír estas palabras, triste recompensa de

sus desvelos, Mr. Gradgrind apoyó la cabeza en la mano, y lanzó un gemido.

— ¡Si hubiera V. sabido, padre, la última vez que nos encontramos aquí juntos, lo que sentía en mí misma, aunque procuraba vencerlo! ¡Ay! yo no he hecho otra cosa desde mi infancia que procurar siempre vencer todos los impulsos de mi corazón. Si V. hubiese sabido que quedaban en el fondo de mi alma sentimientos, afectos, debilidades capaces de desarrollarse, á pesar de todos los cálculos que los hombres hayan podido hacer, y tan desconocidos de la aritmética como lo es el Creador de todas las cosas; si V. hubiera sabido esto, ¿me hubiera V. dado un marido á quien estoy convencida que detesto?

Gradgrind respondió:

— ¡No, no, pobre hija mía!

— ¿Me hubiera V. condenado á la educación fría, terrible, que me ha endurecido y helado? ¿Me hubiera V. robado, sin enriquecer á nadie, sino solamente para mayor desolación de este mundo, la parte inmaterial de mi existencia, la primavera y el estío de mi fe, mi refugio contra todo lo que hay de sórdido y de miserable entre los seres reales que me rodean, la escuela en que hubiera aprendido á ser más humilde y más confiada respecto á ellos, y á procurar en mi pequeña esfera hacerles todo el bien posible?

— ¡Oh, no, no, Luísa!

—Sin embargo, padre; si yo hubiese sido completamente ciega; si me hubiera visto obligada á buscar á tientas mi camino, y si conociendo solamente por la costumbre de tocarlos, la forma y la superficie de los objetos, me hubiera visto precisada á ejercitar un poco mi imaginación respecto á ellos, sería un millón de veces más prudente, más feliz, más amante, más satisfecha, más inocente; en fin, más *mujer* de lo que ahora soy con estos ojos que ven tanto. Ahora oiga V. lo que he venido á decirle.

Gradgrind cambió de posición. Habiéndose levantado Luísa al mismo tiempo, se encontraron el uno al lado del otro. Luísa tenía una mano sobre el hombro de su padre, y le miraba atentamente.

—Sufriendo una hambre y una sed que nunca se han aplacado; atraída por un deseo ardiente hacia alguna región donde las reglas, las cifras y las definiciones no reinasen como señoras, he crecido luchando paso á paso en toda la extensión de mi camino.

—Nunca he sabido que fueses desgraciada, hija mía.

—Yo lo sabía, padre. En este combate he rechazado, he triturado mi buen ángel para hacer de él un demonio. Lo que me han enseñado, sólo ha servido para suscitar en mí dudas, para hacerme incrédula y desdeñosa, para hacerme

sentir lo que no había aprendido; mi postrero y lúgubre recurso ha sido que la vida se pasaría bien pronto, y que no tenía nada que ofrecer que valiese la pena ó el fastidio de una lucha.

—¡Cómol.... ¡Á tu edad, Luísa!—dijo el padre con voz doliente.

—Sí, á mi edad (repitió Luísa). Ahora descubro á V. sin temor, como sin esperanza, todas las heridas de mi corazón. Cuando V. me propuso un esposo, lo acepté. Ni V. ni él pueden reconvenirme por haber aparentado que le amaba. Sabía, y V. también lo sabe, padre mío, y él tampoco lo ignora, que yo nunca le había amado. Yo no era, sin embargo, de todo punto indiferente, porque me proponía ser útil á Tomás. Me aproveché de esta escapatoria desesperada como el peor camino que pudiera emprender mi imaginación, y no tardé en encontrar el vacío. Pero Tomás era el objeto de toda la ternura de mi vida; quizás llegó á serlo, porque supe compadecerle. Poco importa ahora cuál fuese la causa, á menos que se disponga V. á mirar los errores de Tomás con ojos indulgentes.

En tanto que Mr. Gradgrind la tenía en sus brazos, Luísa colocó la otra mano en los hombros de su padre, y continuó con los ojos fijos en él.

—Cuando me vi casada irrevocablemente, se despertó la antigua lucha: mi alma se ha suble-

vado contra ese lazo, que han hecho tan odioso todas las antipatías que separan nuestras naturalezas, y que todas esas fórmulas generales no podrán nunca reconciliar, mientras que la anatomía no aprenda en dónde debe sumir el escabelo para llegar hasta los secretos del corazón.

—¡Pobre hija mía!

—Sí, compadézcame V., ó, más bien, compadezca su obra. Yo vivo en el mundo como en un desierto; yo tengo un corazón que no me sirve para nada, que por nada se interesa, que es tan impotente para el bien como para el mal; yo no conozco las delicias del sentimiento; no sé en qué consisten las emociones de la vida; ni siquiera conozco el mundo por referencia; me sucede lo que al hombre que, sin haber salido de la aldea en que nació, oye hablar de otras regiones sin concebirlas, porque nunca creyó que el mundo se extendiese más allá de donde su vista alcanza; yo oigo á mi alrededor un lenguaje que no comprendo; yo no he aprendido á calcular; pero ha llegado la hora en que temo aprender á sentir; y, sin embargo, quiero iniciarme en esa ciencia. Padre, padre: yo, que siempre me he visto desheredada de cariño; yo, que nunca he gustado los placeres de la ternura; yo, que tengo á mi lado á un hombre que me inspira horror, que me da asco, á quien odio y á quien maldigo,

¿debo resignarme á esta vida estéril y fatigosa?
¿No puedo amar?

Gradgrind vió en la desesperación de su hija todo lo horrible de la tempestad que combatía su alma. Aquella pregunta le descubrió un horrible misterio, y apenas pudo balbucear:

—¿Amar?... ¿Á quién?...

—Á alguien que me comprenda, á alguien que en un instante me indemnice de tantos años de sufrimientos, aunque envenene todos los días de mi existencia. ¿Qué me importa padecer? Yo quiero que mi corazón lata de alguna manera.

—¡Hija mía, me das horror!

—Enséñeme V. un medio de romper esta cadena odiosa para recuperar mi libertad.

—No la hay, pobre Luísa.

—Yo no puedo creerlo. Si hay poder para atar, ¿por qué no ha de haberlo también para desatar lazos terribles? Indíqueme V. un medio, padre mío.

—¡La muerte!

—¡La muerte! ¡Ah! Adiós mis esperanzas.

Luísa separó las manos de los hombros de su padre, se cubrió con ellas el rostro, lanzó un grito desgarrador, y cayó al suelo sin sentido.

CAPITULO X.

Otra cosa necesaria.

Al volver Luísa de su desmayo, abrió lentamente los ojos, y se encontró en su lecho y su alcoba de otros tiempos. Al pronto le pareció que todo lo que había sucedido desde la época en que aquellos objetos le eran familiares, no podía ser sino las sombras de un sueño; pero poco á poco, á medida que cuanto le rodeaba se iba dibujando ante sus ojos bajo una forma más real, los sucesos pasados se presentaron también bajo una forma más real á su espíritu.

Apenas podía mover la cabeza dolorida y agobiada; sus ojos estaban también fatigados y doloridos; se sentía muy débil. Una apatía extraña, pasiva, se había apoderado de tal manera de todo su ser, que sólo al cabo de algún tiempo observó la presencia de su hermana. Aun después que sus ojos se encontraron con los de la niña, y de haberse acercado ésta al lecho, Luísa permaneció varios minutos contemplándola en silencio, abandonando á Juana la mano que ésta le tomaba con timidez.

—¿Cuándo me han traído aquí?—preguntó.

—Ayer noche.

—¿Quién me trajo?

—Creo que Ceci.

—¿Y por qué dices que lo crees?

—Porque la vi aquí esta mañana. No entré en mi alcoba á despertarme como de costumbre, y fui á buscarla. Como no estaba en su cuarto, la busqué por toda la casa, y al fin la encontré aquí cuidándote y bañándote la frente con agua de colonia. ¿Quieres ver á papá? Ceci me ha dicho que era necesario avisarle cuando te hubieses despertado.

—¡Qué rostro tan angelical tienes, Juana!—dijo Luisa, mientras la niña, siempre con timidez, se bajaba para darle un beso.

—¿Así lo crees? ¡Cuánto te lo agradezco! Estoy segura de que todo se lo debo á Ceci.

Luisa retiró el brazo con que había empezado á rodear el cuello de la niña.

—Ve á avisarle á papá, si quieres.

Después, deteniéndose un instante, añadió:

—¿Eres tú quien con tanto esmero ha arreglado mi alcoba?

—No: ha sido Ceci.

Luisa dió una vuelta en el lecho, y no volvió á escuchar una sola palabra.

Cuando su hermana se retiró, volvió la cabeza, y tuvo fijos sus ojos en la puerta hasta

que se abrió para dar paso á Mr. Gradgrind.

Parecía agobiado é inquieto: su mano, ordinariamente firme, tembló en la de su hija. Se sentó cerca del lecho, preguntó con ternura á Luisa cómo estaba, y le recomendó la quietud después de la agitación de la víspera, y de la tempestad á que se había expuesto. Hablaba con voz dulce y turbada, muy diferente del tono dictatorial que en él era una costumbre: diríase que buscaba las palabras de que había de valerse.

—¡Mi querida Luisa! ¡Pobre hija mía!

Se sentía embarazado en tales términos, que no pudo proseguir, y repitió sus exclamaciones.

El asunto le parecía tan difícil de abordar, que aún empezó otra vez.

—Sería inútil, Luisa, procurar decirte cuánto me ha angustiado la revelación que ayer me hiciste. La tierra que piso se estremece bajo mis pies. El único apoyo en que yo descansaba, y cuya solidez me parecía imposible que desapareciese, se ha deshecho en un instante. Estoy aturdido con este descubrimiento. Ningún sentimiento egoísta hay en lo que te digo; pero ¡me parece tan difícil de sobrellevar el golpe que ayer recibí!

Luisa no podía ofrecer ningún consuelo; ella, cuya vida no había sido más que un naufragio continuo contra la misma roca.

—No diré, Luísa, que si por una feliz casualidad me hubieras desengañado hace algún tiempo, fuera mejor para tu tranquilidad y la mía, porque sé que no entraba en mi sistema admitir confianzas de ese género. He calculado mi sistema, lo que creí sus ventajas, y lo he aplicado con rigor; debo, pues, aceptar la responsabilidad de mis cálculos. Sólo te suplico, hija mía, que creas en mi buena intención.

Hablaba con voz conmovida, y es justo reconocer que decía la verdad.

—De eso estoy convencida, padre. Sé que siempre me ha mirado V. con ojos de predilección. Sé que ha querido V. hacerme dichosa. Nunca le he hecho á V. reconvencción alguna, y nunca se las haré.

Gradgrind cogió la mano que Luísa le tendía, y la retuvo entre las suyas.

—Mi querida hija; he pasado toda la noche en mi mesa, pasando y repasando en mi espíritu el recuerdo de nuestra dolorosa entrevista. Cuando pienso en tu carácter; cuando pienso que me has ocultado años enteros lo que sólo sé de algunas horas á esta parte; cuando pienso en las circunstancias cuya violencia te ha arrancado esa confesión, me convenzo de que debo desconfiar de mí mismo.

Pudiera haber ido más lejos en la confesión de su impotencia, viendo aquel semblante que

le miraba atento; y, en efecto, adelantó la mano para retirar con suavidad de la frente de su hija los cabellos que la ocultaban en desorden. Caricias tan sencillas, á las cuales no se hubiera prestado atención ni de una ni de otra parte, eran muy significativas en Mr. Gradgrind; así es que su hija las aceptaba como otras tantas palabras de arrepentimiento.

—Tengo razón para desconfiar de mí mismo por el presente y por lo porvenir, y no quiero ocultarte mis dudas (contestó Mr. Gradgrind con visibles muestras de vacilación). Ayer á estas horas no hubiese usado semejante lenguaje; pero hoy disto mucho de estar convencido de que merezco la confianza que tienes en mí, de que sea capaz de responder al llamamiento que has venido á hacerme, de que tenga el instinto que sería necesario para ayudarte á entrar en el buen camino, hija mía.

Luísa se había vuelto de espaldas, y tenía el rostro apoyado en el brazo, de modo que su padre no la podía ver. La violencia y la cólera de la joven se habían calmado; pero aunque estaba poseída de sentimientos más dulces, no lloraba. Y su padre, ¿quién podría creerlo?, había venido á demandar que se le viese verter un torrente de lágrimas.

—Hay personas que aseguran (continuó siempre titubeando) que existe una sabiduría de la

cabeza y otra del corazón. Yo no lo he creído; pero, como acabo de decirte, desconfío de mí: es posible que la cabeza no baste para todo, como yo había supuesto. ¿Puedo atreverme hoy á sostener lo contrario, si esa otra especie de sabiduría era por casualidad la que yo he descuidado, si de lo que he carecido, Luísa, es del instinto necesario?

Sus palabras conservaban aún un fondo de duda, como si aquello fuese una hipótesis que le repugnaba admitir hasta en aquel momento. Luísa no respondía. Estaba tendida en el lecho á medio vestir, sobre poco más ó menos lo mismo que él la había visto en el suelo la noche anterior.

—Luísa (dijo, y su mano fué á colocarse otra vez sobre los cabellos de su hija); hace algún tiempo que he estado ausente con frecuencia, y aunque tu hermana ha sido educada según el mismo.... sistema.... (parecía pronunciar con repugnancia esta palabra), naturalmente su educación se ha modificado por el ejemplo de ciertas compañas que, en hora feliz para ella, no habrán dejado de influir en su alma. Te pregunto con toda ignorancia y toda humildad, hija mía, si habrá sido esto una felicidad para Juana. ¿Qué te parece?

—Padre (respondió Luísa sin moverse), si se ha despertado en su infantil corazón alguna ar-

monía que ha debido permanecer muda en el mío hasta el momento que se cambió en tempestad, que dé Juana gracias al cielo, y que prosiga el camino más dichoso que le está trazado, mirando como su mayor ventura no haber puesto el pié en el que á mí me han obligado á tomar.

—¡Oh, hija mía! ¡Hija mía! (dijo el padre con desesperación.) Tu estado me hace muy infeliz. ¿De qué me sirve que no me dirijas reconven- ciones, si me hago á mí propio las más crue- les? (Inclinó la cabeza, y le dijo en voz baja): Luísa, tengo una idea vaga de que empieza á operarse en mí un cambio lisonjero, por el simple efecto del amor y de la gratitud. Lo que la cabeza no hubiera hecho ni hubiera podido ha- cer, empieza á hacerlo poco á poco el corazón. ¿Lo crees posible?

Luísa no respondió.

—En todo caso, esto no serviría para honrar- me, Luísa. ¿Cómo podré conservar algún orgu- llo viendo lo que he hecho de ti? ¿Pero lo crees posible?

El padre, presa de la desesperación, volvió á mirar á su hija, y sin pronunciar más palabra, salió de la alcoba. Apenas la había dejado, Luí- sa oyó á la puerta pasos ligeros, y sospechó que Ceci había venido á colocarse á la cabecera de su lecho. Luísa levantó la cabeza. Al pensar que iban á verla en aquel triste estado, y que la mi-

rada involuntaria de compasión que tanto le había irritado iba á quedar justificada, una ira sorda se encendió en ella. Toda fuerza comprimida estalla y se rompe. El aire que sería bienhechor para la tierra, el agua que la fertiliza, el calor que haría madurar la mies, se cambian en elementos de destrucción si se les tiene apasionados. Tal era la historia del corazón de Luísa; las excelentes cualidades con que la había dotado la naturaleza, á fuerza de estar comprimidas, se habían transformado en una masa dura, impenetrable para la amistad.

Por fortuna, sintió entonces una mano suave apoyarse en su cuello, y comprendió que la suponían dormida. Aquella mano simpática no podía despertar su cólera.... Que no se retire, que no se retire.

La mano permaneció quieta, despertando y fomentando en Luísa una multitud de dulces pensamientos; en Luísa, que no pudo verse rodeada de silencio y de cuidados, sin que algunas lágrimas se abriesen paso á través de sus ojos. El rostro de aquel ángel misterioso tocó al suyo, y sintió que también tenía lágrimas en las mejillas, lágrimas que probablemente se vertían por ella.

Luísa fingió que se despertaba, y se sentó en el lecho. Ceci se alejó, y permaneció tranquilamente de pie junto á la cabecera.

—Espero que no la habré incomodado á V. Venía á preguntarle si quiere que permanezca aquí.

—¿Y para qué? Mi hermana no puede estar sola. Para ella lo es V. todo.

—¿De veras? ¡Ojalá que le sirviese á V. en algo!

—¿En qué?—preguntó Luísa casi con dureza.

—No importa en qué; si me fuese posible, en aquello de que V. tenga más necesidad. De cualquier manera, quiero en algo ser útil á V., y si me permite ensayar, verá que acaso no perdamos el tiempo. ¿Me lo permite V.!

—¿Le ha encargado á V. mi padre que me haga esa pregunta?

—De veras que no (respondió Ceci). Me dijo que ahora podía entrar; pero ya vine aquí por encargo suyo esta mañana.... ó al menos....

—¿Al menos qué?—preguntó Luísa, fijando en ella una mirada inquisitorial.

—Ignoraba si le agradaría á V. verme aquí.

—Crees que siempre te he detestado, ¿no es verdad?

—Me parece que no, porque yo la he querido á V. siempre, y siempre he deseado darle pruebas de mi cariño. Pero V. cambió algo respecto á mí antes de dejar esta casa, y no lo extrañé. V. sabía tantas cosas, y yo tan pocas; además, era muy natural que, hallándose entre nuevos

amigos, no tuviese por qué quejarme, y me resignaba, sin debilitar mi afecto en lo más mínimo.

Al decir esto, se ruborizó Cecilia. Luísa comprendió toda la delicadeza de aquella alma, y sintió remordimientos.

—Ante todo, Cecilia, ¿sabes lo que yo soy? Soy tan orgullosa y tengo el corazón tan endurecido; siento en mi espíritu tanta turbación y me afligen tantas penas; soy tan colérica y tan injusta para los demás y para mí misma, que todo en mí no es más que tempestad, tinieblas, y aun acaso infamia. ¿No te espantas, Cecilia?

—No.

—Soy tan desgraciada y es tan completa la ruína de todo lo que hubiera podido cambiar mis sentimientos, que si hubiese permanecido hasta hoy algo de cuanto me ha hecho tan sabia á tus ojos, no tendría necesidad ahora de un guía que me enseñase la paz, el contento, el honor y todo lo bueno que me hace falta. ¿No te asombra nada de esto?

—No.

Con la inocencia de su animado afecto, y con el entusiasmo de su antigua abnegación, que no había podido reconvenir á Luísa por su abandono, Cecilia esparció cierta luz suave sobre el ánimo sombrío de su compañera.

Luísa soltó la mano de Ceci para permitirle

que la abrazase; después se hincó de rodillas, y estrechando en sus brazos á la hija del titiritero, la contempló casi con veneración.

—Perdóname, compadéceme y socórreme. Ten piedad de mi grande miseria, y déjame reposar mi cansada cabeza sobre tu corazón amante.

—Descánsala, descánsala (exclamó Ceci); descánsala sobre este pecho que es tuyo, querida mía.